



## Escuchamos al Señor Hablamos con el Señor

---

7 marzo

### Acompáñame en esta Cuaresma

Así como tú, Jesús,  
impulsado por el Espíritu,  
hiciste la experiencia del desierto,  
allí, junto al Jordán,  
acompañame ahora en esta  
Cuaresma,  
en estos cuarenta días de desierto.

Ayúdame a reencontrarme conmigo  
mismo,  
con mis contradicciones,  
incoherencias y pecados.

Llena el silencio, la oscuridad  
y el vacío de mi corazón  
con tu Palabra afectuosa,  
con tu Luz clarividente,  
con tu Vida reconfortante.

Hazte presente en mi soledad  
como el guía, el maestro, el amigo.

Que con tu compañía  
vaya descubriendo al Padre  
y caminando hacia Él;  
vaya descubriendo a los demás  
y aprenda a ser amigo y hermano.

Que contigo camine por el mundo,  
amando y protegiendo la vida,  
dando paz y ofreciendo perdón.

Contigo quiero seguir el camino de  
la cruz,  
cargando la mía  
y sosteniendo la de los demás,  
poniendo la vida en las manos del  
Padre,  
y esperando, como tú, que la acoja  
en aquel cielo nuevo y tierra nueva  
que ahora todos vamos  
construyendo

---

### **El dueño de la viña**

Señor, hoy vengo a contemplar cómo te portas con nosotros y cómo respondemos a tu comportamiento.

Dijiste una parábola:

*33 Escuchad otra parábola: «Había un propietario que plantó una “viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores[\*] y se marchó lejos. 34 Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. 35 Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon. 36 Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. 37 Por último, les mandó a su hijo diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. 38 Pero los labradores, al ver al hijo*

se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. 39 Y agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. 40 Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?». 41 Le contestan: «Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo». 42 Y Jesús les dice: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido”os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos. 44 Y el que cayere sobre esta piedra se destrozará, y a aquel sobre quien cayere, lo aplastará». 45 Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. 46 Y, aunque intentaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.”

El evangelio de S Mateo (Mt 21,33-45) cuenta la parábola de los viñadores que Jesús pronuncia en Jerusalén, en un momento de polémica, ahora tensísima, con sus adversarios.

### Miramos a los viñadores y a nosotros mismos

La «viña» es el pueblo de Israel, amado por Dios y por el que ha hecho tanto. Dios, el dueño, «*la confió a unos viñadores y se marchó*».

El error lo comete el dueño: si tanto le importaba la viña, debía estar allí, debía cuidarla personalmente, no fiarse de otros.

Es la historia de la debilidad de Dios, que confía sus cosas más queridas al hombre; confía la viña, su pueblo, a gente en la que no debería confiar, pero en la que en realidad confía, y eso nos parece a nosotros una simpleza y una ilusión.

La debilidad de Dios está en el hecho de que se fía de la libertad humana.

Ahora bien, esa confianza, como decíamos, es mal correspondida: «*Cuando vino el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los viñadores a recoger la cosecha. Pero los viñadores cogieron a los siervos, a uno lo apalearon, a otro lo mataron, a otro lo apedrearon*».

Los viñadores pensaban: «*La viña es nuestra y hacemos con ella lo que queremos*». Puesto que el dueño les ha dejado libres, han cogido confianza y han olvidado que la libertad les había sido dada para cultivar la viña, para hacer que diera fruto.

Con los primeros siervos que van para exigir los frutos, los viñadores se comportan como los niños con una maestra nueva: empiezan con algunas bromas para ver cómo reacciona, si es capaz o no de mantener la disciplina, y si se dan cuenta de que no pasa nada, continúan cada vez peor. De hecho, los viñadores reciben con cautela a los siervos en la mesa, fingen

enfurecerse, y después uno abofetea a uno, otro a otro. Tantean la fuerza del dueño: tal vez no sea tan capaz, tal vez no nos castigue, tal vez la viña sea nuestra. «*Dios envió de nuevo a otros siervos más numerosos que los primeros, pero ellos se comportaron del mismo modo*».

Los siervos que vienen ahora son más numerosos, pero la escena se repite. Los viñadores piensan que el dueño no sabe justamente hacerse valer, que es demasiado débil.

Y he aquí la prueba definitiva: «*Por último envió a su propio hijo, diciendo: "¡Respetarán a mi hijo!"*».

Los viñadores se han vuelto ahora tan malvados y extraños que ya no consiguen darse cuenta de la situación: «*¿Cómo nos envía ahora a su hijo, después de haber recibido tantos golpes los siervos precedentes? Querrá decir que no aprecia a su hijo, tal vez quiera deshacerse de él; en cualquier caso, es un ingenuo, un iluso, no tiene en absoluto el poder que temíamos*». Y se dicen entre ellos: «*Este es el heredero, venid matémoslo y la herencia será para nosotros*». Y cogiéndolo, lo expulsaron fuera de la viña y lo mataron».

*¿Que tengo que Dios me ha dado (qué viña me ha confiado el Señor)?*

*¿Que frutos estoy dando?*

*¿Soy como los viñadores que no doy fruto en mi vida*

*¿Lo que Dios me ha dado sólo sirve para mí?*

*¿Busco tener como propiedad mía y exclusivamente para mi disfrute a las personas con quienes vivo, las propiedades que tengo, los valores que he recibido?*

*¿Que frutos puede estar esperando DIOS de mi vivir?*

Probemos a leer ahora la parábola desde el punto de vista del dueño.

Quiere confiar: «La viña, que estimo mucho, se la doy a esta gente para darles la posibilidad de abrirse camino, de hacerse un favor importante también a sí mismos». A continuación, cuando envía a los siervos y ve que vuelven maltrechos, piensa: «Tal vez se trate de un momento difícil; por consiguiente, voy a ayudarles a comprender, y, si es gente que razona, se convencerá».

Al final envía a su hijo, lo arriesga todo por la confianza que tiene en los viñadores: «Al menos respetarán a mi hijo y por fin comprenderán lo que están haciendo».

La debilidad del dueño es, por consiguiente, amor, es voluntad de promover, en el bien, la libertad de los hombres, arriesgándolo todo. La Cruz nos manifiesta este amor salvífico a toda costa, la increíble confianza de Dios respecto a cada uno de nosotros.

Nos parece extraño que el dueño envíe al hijo pensando que lo van a matar. Sin embargo, la Escritura dice que Dios entrega al Hijo –sin límite, sin reserva– a los hombres, porque necesita confiar en ellos hasta el fondo.

Que el dueño no es una persona débil lo muestran las palabras siguientes, en las que se manifiesta la cólera de Dios. Jesús dice: «*¿Qué hará el dueño de la viña cuando venga?*» (es decir, cuando haya acabado el tiempo de la prueba y de la libertad). Los que escuchan la parábola responden: «*Hará morir miserablemente a esos malvados y dará la viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo*».

“Y Jesús les dijo: “*¿No habéis leído nunca en las Escrituras: la piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular? [...] El que caiga sobre esta piedra quedará destrozado y en caso de que ella caiga sobre alguien, lo hará añicos*”».

La Cruz no es solo poder del amor de Dios que nos da, nos entrega a su Hijo, lo deja en nuestras manos, la cruz es asimismo juicio terrible y puede serlo precisamente porque es la prueba sin reservas de que Dios nos quiere libres, quiere darnos la posibilidad de expresar nuestra libertad en el servicio.

Dios entra más bien en una reacción dialógica con la libertad del hombre, llegando a un límite inconcebible para nosotros. De hecho, nos parecen increíbles las palabras del Sermón de la montaña, la falta de defensa que llega hasta entregarnos al enemigo. Con todo, el Padre entrega al Hijo, con la esperanza de que el enemigo comprenda.

*Señor, ¿qué estoy haciendo con tu Hijo amado? ¿Lo escucho, lo amo y lo sigo...?*

*“Te doy gracias, Señor, porque te manifiestas a nosotros como no nos esperamos, de una manera siempre inédita, nueva, sorprendente. Te pedimos que ni una sola pizca de esta manifestación quede en el aire, sino que inmediatamente se aplique a todas las situaciones en las que reconocemos junto a nosotros a alguien que te representa, que revela tu rostro.*

(C. M. Martini)